



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Auténtico evangelio es el que abre la solemnidad del día de hoy puesto que *“El Señor los alimento (a su pueblo camino de la tierra prometida) con flor de harina”* (Ant de entrada). En la plenitud de los tiempos, la flor de harina se transformó en el Cuerpo de Cristo que es fuente de vida eterna. Lo celebramos en este día con gozo, pero lo hacemos a la luz de la resurrección de Jesús reviviendo en nosotros los sentimiento que llenaron el corazón de los discípulos, cuando contemplaron al Maestro resucitado y glorioso: se postraron ante él y lo adoraron. Es lo que pedimos en la oración colecta: la gracia de saber venerar este misterio santo del que vive la Iglesia a través del tiempo. Así se canta en el hermoso himno compuesto por Sto. Tomás de Aquino para la celebración de este misterio: **“veneremur cernui”**; es decir: *“adoremus postrados”*.

Adoremus postrados

El santo Cura de Ars tratando de explicar lo que esto significa afirmará:

«Cuando estemos ante el Santísimo Sacramento, en lugar de mirar a nuestro alrededor, cerremos los ojos y la boca; abramos el corazón; nuestro buen Dios abrirá el suyo; iremos hacia Él. Él vendrá a nosotros, el uno pide, el otro recibe; será como un soplido que pasa del uno al otro”.

La adoración es estar ante Dios Todopoderoso en actitud de silencio y, el silencio, siempre es expresión grandiosa de la fe. El Papa Benedicto XVI ha explicado el significado de la adoración como proskynesis (προσκύνησις), *«gesto de sumisión de reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir»*.

La palabra latina para adoración es **ad-oratio**, es decir: contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La presencia del adorador ante Dios lo transforma. En el libro del Éxodo se recoge maravillosamente: *«Cuando Moisés bajó del monte Sinaí con las dos tablas del Testimonio en sus manos, no sabía que la piel de su rostro se había vuelto radiante, porque había conversado con Yahvé»* (Ex. 34, 29-30). Es como cuando alguien contempla atentamente una puesta de sol; al cabo de un rato, incluso su rostro adquiere un tono dorado. Es, en definitiva, lo que recoge san Pablo en la carta segunda a los Corintios cuando dice: *“todos nosotros, con la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por la acción del Espíritu del Señor”* (2 Cor 3, 18). El término griego empleado para hablar de esta transformación es μεταμορφούμεθα; el mismo que se emplea para narrar la transfiguración de Jesús en el Tabor: μεταμόρφή que significa cambio de forma.



La adoración puerta de la comunión

El amor o la amistad llevan siempre consigo un impulso de reverencia, de adoración. Es bajo esta luz que debemos entender la afirmación de San Agustín: **«nemo autem illam Carnem manducat, nisi prius adoraverit; peccemus non adorando»**; es decir: *«nadie come esta carne sin antes adorarla; pecaríamos si no la adorásemos»* (Enarrationes in Psalmos 98,9, CCL XXXIX, 1385). En efecto, sólo la adoración abre nuestro corazón hacia un auténtico sentido de participación en la Eucaristía, ya que lo dilata hacia una unión verdadera y profundamen-

te personal con Cristo en el momento de la comunión

“He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, vendré a él, cenaré con él y él conmigo” - (Ap 3, 20).

Rompiendo barreras

Es un gesto generoso que nos lleva a hacer de nuestra vida una ofrenda de amor, sin condiciones y en total libertad, derramándola a los pies del maestro. Puede ser doloroso, pero es purificador, como las brasas encendidas que el Señor puso en los labios de Isaías. (Is. 6). Es, de igual modo, fuente de conversión; el gran poeta Tagore, bengalí de nacimiento, premio nobel de literatura escribirá: *«Cuando estén afinadas, Maestro mío, todas las cuerdas de mi alma, cada vez que tú las toques, cantarán tu ternura»*. ¿Y cuándo están afinadas estas cuerdas?

Cuando estoy en sintonía con el querer del Señor y tengo mi vida centrada e integrada en su vida que se hace generosa entrega.

Adorar -según la estupenda expresión de san Gregorio de Nacianceno- significa elevar un *“himno de silencio”* a Dios. A medida que nos acercamos a Él, la palabra se hace más breve, hasta que finalmente se vuelve completamente silenciosa y se une aquel otro silencio que es el silencio inefable.

Para Isabel de la Trinidad, es un *“éxtasis –salir de sí- de amor”* de ahí que, la vida cristiana sea agradecer, alabar, adorar un amor siempre gratuito y fiel. En definitiva, siempre **«busca romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan de los demás»** (Sacramentum Caritatis, 66).





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 115,12-13.15 y 16bc. 17-18 (R/:13)



**¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando el nombre del Señor.
Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava;
rompiste mis cadenas.
Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.**

San Efrén, en uno de sus himnos, dice: *"Que en ti, Señor, mi boca rompa el silencio con la alabanza; que vibre en nosotros"*. En este día la liturgia pone en nuestros labios el salmo 115 a fin de que resuene en nuestro corazón. En el original hebreo forma una sola composición junto al precedente -el 114- y, ambos, constituyen una acción de gracias que se dirige al Señor que libera de la pesadilla de la muerte; de este modo la vida cristiana es un constante recordar agradecido.

El verdadero recuerdo no es una pálida evocación, sino -como indica la etimología de la propia palabra- es un «referir al corazón».

En este día cantamos con espíritu agradecido:

- La amistad que se nos ofrece.
- La lealtad que se nos asegura.
- La presencia entre nosotros hasta el final.
- La vida que se nos regala que es fuente de vida.

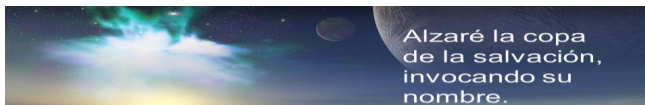
Abrumado por la obra salvadora de Dios, el creyente alza la voz para manifestar en sus propias palabras la fe, que no puede permanecer encerrada en su interior, para estallar en acción de gracias. Es la característica de los pequeños y conforme el corazón al de Jesús, que es manso y humilde. Para los humildes, la oración se convierte necesariamente en bendición, ya que surge una conciencia que nos permite reconocer quién es Dios y, en consecuencia, quiénes somos nosotros.

Él es el Altísimo y Todopoderoso, nosotros, pobres criaturas, pero amadas con un amor inmenso y gratuito. En este sentido, es conmovedora la exaltación de Francisco de Asís en sus *'Alabanzas al Altísimo'*, que nos atestigua el alma asombrada y agradecida de quienes está ante el misterio de Dios que se nos revela.

Abrumado por la obra salvífica de Dios, el creyente alza la voz para manifestar en sus propias palabras la fe que no puede permanecer encerrada en su corazón, sino que debe estallar en alabanza y acción de gracias. Ya no es el recuerdo de la aflicción, sino que en la comunidad de los creyentes se pone de pie para dar testimonio del Señor que ayuda, libera y sana.

Es el poder de un viento y fuego interior que nos permite hablar con confianza de la victoria del amor y del perdón de Cristo Jesús sobre la muerte y el pecado de la humanidad. Es la forma divina de hacer justicia. Todos ahora pueden actuar hacia Él con gratitud y decir: *"Alzaré la copa de la salvación"*.

San Jerónimo rumiando este salmo se pregunta, *"¿Qué es lo más precioso que tenemos y podemos ofrecer? La vida. ¡Sangre por sangre! Hemos sido redimidos por la sangre de Cristo, hemos de estar dispuestos a dar nuestra sangre, a entregar nuestra vida"*



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo Sancta Ovetensis

Domingo después de la Stma. Trinidad "B"
SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Éxodo (24,3-8)

En aquellos días, Moisés bajó y contó al pueblo todo lo que había dicho el Señor y todos sus mandatos... Después, tomó el documento de la alianza y se lo leyó en alta voz al pueblo, el cual respondió: «Haremos todo lo que manda el Señor y lo obedeceremos.» Tomó Moisés la sangre y roció al pueblo, diciendo: «Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos.»

Marcos (14,12-16.22-26)

El primer día de los Ázimos... Mientras comían. Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo.» Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.» Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.